

La teología y moral que aprendió el joven Juan Bosco y la influencia en su obra

The Theology and Moral learnt by young Juan Bosco and their influence on his work

JESÚS ROJANO (SDB)

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y DOCTOR EN TEOLOGÍA PASTORAL.

PROFESOR EN EL CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR DON BOSCO.

DIRECTOR DE LA REVISTA *MISIÓN JOVEN*

Resumen

En este artículo se hace un esbozo de la situación de la teología católica, especialmente la teología moral y la espiritualidad, en Europa y en el Norte de Italia a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Después se muestra la teología moral rigorista con tintes jansenistas del seminario de Chieri, en el que estudia Juan Bosco desde 1835 a 1841, así como la postura más benigna y sensible a la situación pastoral concreta, de tipo alfonsiano, que predominaba en el Convictorio Eclesiástico de Turín de don Guala y don Cafasso, en el que don Bosco vive y estudia tres años (1841-1844). Por fin, se esboza la influencia de ambas orientaciones en el pensamiento espiritual y en la praxis pastoral posterior de don Bosco.

Palabras clave: don Bosco, rigorismo, jansenismo, don Cafasso, Convictorio, teología moral, san Francisco de Sales, san Alfonso, educación salesiana, praxis pastoral.

Abstract

In this article the author outlines the situation of Catholic Theology, especially the Moral and Spiritual Theology, in Europe and Northern Italy at the end of the 18th century and the beginning of the 19th century. Then, he describes the Rigorist Moral Theology, tinged of Jansenism, of the Chieri Seminary, where don Bosco studied from 1835 to 1841, and also the mildest and most sensitive stance towards the concrete pastoral situation, of an Alphonsian type, which predominated at Turin prison of don Guala and don Cafasso, where don Bosco lived and studied for three years (1841-1844). Finally, he shows the influence of both trends on don Bosco's spiritual thought and later pastoral praxis.

Key words: don Bosco, rigorism, jansenism, don Cafasso, prison, moral theology, Saint Francis de Sales, Saint Alphonsus, salesian education, pastoral praxis.

1. LA TEOLOGÍA Y MORAL DEL SIGLO XIX

Juan Bosco hizo sus estudios de teología a partir de 1835 en el seminario de Chieri, población cercana a Turín. Amplió dichos estudios durante sus tres primeros años de sacerdote, ya en Turín. En este artículo narramos cómo influyó la teología estudiada en su propia persona y en su obra futura.

Al comenzar el siglo XIX la Teología se hallaba en decadencia y necesitaba una renovación, que hacia 1830 comenzaba tímidamente (Illanes, 1995, pp. 270-271). La crisis se acentuó porque las facultades de Teología desaparecieron de las universidades civiles de España, Portugal, Bélgica e Italia, quedando estos estudios confinados a los seminarios, con el consiguiente empobrecimiento y aislamiento respecto a la cultura civil. Se puede afirmar que «la tónica controversista y académica de la teología posttridentina, preocupada primariamente por la formación del clero, la reducía a un ritmo repetitivo y poco original» (Vilanova, 1992, p. 314). Durante el siglo XVIII se habían distinguido y configurado los diversos tratados teológicos, que daban una estructura sistemática a la docencia. Además, se habían consolidado dos nuevas especialidades, la Teología Fundamental y la Teología Pastoral (Illanes, 1995, p. 234). Se dejaba así atrás la metodología docente medieval, basada en el comentario del texto de un maestro (las *Sentencias* de Pedro Lombardo, luego sustituidas por la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino). A partir de la segunda mitad del siglo XVIII dicho método fue remplazado por el uso de manuales o tratados de carácter sistemático. El método medieval se basaba en el análisis de una cuestión o problema que el maestro plantea y procura resolver junto a los alumnos. El método de los manuales, que hace una exposición ordenada de la doctrina, tiene algunas ventajas, como la transmisión de la totalidad de los datos o una exposición clara, y una limitación: disminuye la creatividad intelectual (Illanes, 1995, pp. 237-238).

La Iglesia y la Teología tienen una actitud defensiva frente al mundo moderno durante todo el siglo XIX, que culmina en el *Syllabus* (lista de errores modernos condenados) de Pío IX en 1864. «La Iglesia estaba desconcertada. Se veía confrontada a las ideologías de moda, y al mismo tiempo estaba obsesionada, violentada –odiosamente, a veces– por los acontecimientos» (Vilanova, 1992, p. 512). Con ese sentimiento defensivo, la Iglesia se abrazó a la restauración que siguió a la derrota de Napoleón en 1815. Así:

Las posiciones se fueron radicalizando. En la alegría de la recuperación de la libertad de la Iglesia, Pío VII era recibido con entusiasmo por el pueblo en Turín (1812), y se propagaba una literatura sobre el triunfo de la Iglesia, cuyo principal exponente fue la obra del cisterciense Mauro Cappellari, el futuro Gregorio XVI, *Il trionfo della Santa Sede e della Chiesa contra gli assalti dei novatori* (Vilanova, 1992, p. 513).

Cappellari sería el papa Gregorio XVI de 1831 a 1846, y en su encíclica programática *Mirari vos* (1832), se propuso reforzar el gobierno absoluto del Papa, adoptando una postura respecto a la modernidad que los historiadores denominan «intransigente» (Vilanova, 1992, p. 517). Su papado coincide exactamente con los años de seminario y comienzo del sacerdocio del joven Juan Bosco, ordenado en 1841. A la vuelta de la esquina esperaban las revoluciones de 1848 y, a la larga, el triunfo del *Risorgimento* y la independencia italiana, proclamada en 1861 y concluida, con la conquista de Roma, en 1870. Los recientes estudios biográficos sobre San Juan Bosco de Braidó (2009) y Lenti (2010), dan cuenta de esta situación.

Un tema filosófico y teológico entonces muy candente era el debate del *tradicionalismo* y *fideísmo* frente al *racionalismo*, o lo que es lo mismo, sobre las relaciones entre fe y razón en lo que se refiere a la credibilidad de la revelación.

Con el término *tradicionalismo* se designan los planteamientos según los cuales la tradición antecede genética e históricamente a la razón, haciendo posible, mediante la educación de la humanidad, que se ponga en ejercicio. Con la voz *fideísmo* se designa, en cambio, la tesis según la cual la fe, y no la razón, es la fuente primera y básica del conocer humano, de manera que, sin la ayuda de la fe, la razón permanece ciega (Illanes, 1995, p. 273).

Era tradicionalista Joseph de Maistre (1753-1821), y fideístas Louis de Bonald (1754-1840), Felicité de Lamennais (1782-1854) y Louis Eugène Marie Bautain (1796-1867), todos franceses. En Italia defendía esa postura el teatino Gioacchino Ventura de Raulica (1792-1861). Esta posición fue descalificada en la constitución *Dei Filius* del Vaticano I (1869), que declara a la razón humana capaz de demostrar la existencia de Dios. En el otro extremo, los teólogos racionalistas (o, más exactamente, semirracionalistas), como el alemán Georg Hermes (1775-1831) y Anton Günther (1783-1871), exageraban la capacidad de la razón para deducir los dogmas cristianos; éstos también serían condenados. Hubo un intento de conciliar estos extremos con una vuelta a las

fuentes bíblicas y a los Padres de la Iglesia por parte de algunos autores, como el cardenal inglés Newman, así como por el llamado «espiritualismo francés e italiano», representado por Antonio Rosmini (1797-1855). Éste intenta mediar entre las ideas racionalistas de la filosofía moderna y la tradición cristiana (Illanes, 1995, pp. 290-293). Rosmini, por cierto, fue un gran amigo y colaborador de don Bosco (Alburquerque, 2012, pp. 93-110). Cuando alguna obra póstuma de Rosmini fue condenada, don Bosco se negó siempre a hablar mal de él, y se remitía al testimonio de caridad que Rosmini había dejado, en un gesto que honra su lealtad para con el amigo.

También se dio una renovación de la Escolástica en la Escuela Romana en torno a la Universidad Gregoriana, devuelta a los Jesuitas en 1814, con figuras como Giovanni Perrone (1794-1876), Carlo Passaglia (1814-1887) y Johann Baptist Franzelin (1816-1886), y en Alemania, Matthias Joseph Scheeben (1835-1888). A la larga, esta corriente desembocaría en el neotomismo de finales del XIX y principios del XX, con figuras como Joseph Maréchal y Jacques Maritain.

Asimismo, también cobraron importancia la historia y la tradición, por influencia del Romanticismo. Destaca en este aspecto la Escuela de Tubinga, con Johann Sebastian Drey (1777-1853) y Johann Adam Möhler (1796-1838). Según Drey, «la historia santa no se reduce a una serie de hechos inconexos, sino que obedece a un designio eterno de Dios que se manifiesta en el tiempo» (Illanes, 1995, p. 283). Se trata de una visión providencialista de la historia, que influye en don Bosco por el:

Profundo sentido de Providencia que se vivió en el XIX italiano: superando la concepción del optimismo ilustrado, se recurrió a la incesante intervención de Dios y se reconoció en la gracia el secreto motor de la historia humana... Desde los pastoralistas más activos hasta los pensadores más influyentes, como Antonio Rosmini, todos señalaban el camino de la salvación en el ámbito eclesial, donde la piedad eucarística y mariana ayudaba a la identificación con Cristo (Vilanova, 1992, pp. 528-529).

Así se entiende mejor que don Bosco escribiera con éxito una *Historia Sagrada* y una *Historia Eclesiástica* para sus chicos y para el pueblo.

No obstante, el movimiento que influye más en la época en que Juan Bosco estudia teología es el *Jansenismo* (Lenti, 2012, pp. 305-310; Martina, 1974

pp. 179-222). Era un movimiento religioso iniciado por el teólogo y obispo holandés Cornelio Jansenio (1585-1638). Su obra fundamental, *Augustinus* (Lovaina, 1640), sigue influyendo durante el siglo XIX. Jansenio pensó encontrar en San Agustín una respuesta satisfactoria a la famosa controversia *De Auxiliis* sobre la relación entre la libertad y la gracia divina. Jansenio explica su noción de «gracia eficaz», y se muestra pesimista sobre la capacidad humana para hacer el bien y obedecer a Dios: después del pecado, el hombre ha perdido la libertad, y quien no actúa movido por la gracia eficaz peca infaliblemente. El jansenismo sería desarrollado en Francia por el abad de Saint Cyran, Jean Duvergier de Hauranne (1581-1643), director espiritual del monasterio de Port Royal des Champs, y por Antoine Arnauld (1612-1694), teólogo de la Sorbona. Desde Port Royal el jansenismo influyó en toda Europa, pese a la condena de Roma.

El pesimismo jansenista alejaba a sus seguidores de la Eucaristía, pues establecía unas normas muy rigurosas para poder acceder a ella, desaconsejando la comunión frecuente. Su rigorismo en materia moral se hizo cada vez más extremo. Además, tras las sucesivas condenas de Roma, sostuvo posiciones conciliaristas, que condujeron al *galicanismo*. Esta era la gran ambigüedad jansenista: parecía progresista en lo eclesial y político (por su galicanismo, que combate la autoridad de la Santa Sede), pero era ultraconservador en lo moral y sacramental.

En el norte de Italia el jansenismo echó fuertes raíces, con Pietro Tamburino (†1827) y con el obispo de Pistoia, *Scipion de' Ricci*, que convocó el famoso Sínodo de 1786, cuyos cánones serían condenados en 1794 por Pío VI. De hecho, «Lombardía y el Trentino fueron centros jansenistas muy activos en el XVIII. El jansenismo se implantó en los seminarios trentinos y lombardos» (Villanova, 1992, pp. 313-314). Refiriéndose a la influencia del jansenismo en el Piamonte, Arthur Lenti dice que «desarrolló un tipo de piedad de rigor inflexible, dominada por la tensión provocada en las almas por la idea de condenación» (Lenti, 2012, p. 310).

A nivel de teología moral, se dio hasta finales del siglo XVIII una confrontación entre el rigorismo del probabiliorismo (cercano al jansenismo), representado por los dominicos, y el probabilismo moral (cercano al laxismo), mantenido por los jesuitas. Este debate seguía vivo cuando Juan Bosco comienza a estudiar en el seminario. No estamos ante una mera disputa académica sin

influencia en el pueblo sencillo pues el rigorismo alimentaba todo un «síndrome de culpabilidad», con su característica angustia por el «miedo al pecado y a la condenación» (Vilanova, 1992, pp. 315-316; F. Ferrero, 1987). Aunque haya que matizar algún acento, impresiona leer cómo describe esa angustia el historiador francés Delumeau, catedrático de Historia de las mentalidades religiosas en el Occidente Moderno en el Collège de France desde 1975 a 1994 (Delumeau, 1983, 2012).

Juan Bosco ingresó en 1831 en la escuela pública secundaria de Chieri, dirigida por eclesiásticos tras la reforma educativa de 1822. Chieri, situada a 12 km al sudoeste de Turín, contaba entonces con unos 9000 habitantes. Es alojado por una conocida de Margarita, Lucía Pianta (viuda de Matta). Trabaja para pagar el alojamiento y sus libros, da clases al hijo de Lucías y lee vorazmente durante parte de la noche. Funda la Sociedad de la Alegría hacia 1833 y conoce a Luis Comollo, un chico estudioso y vocacionado. Juan experimenta una crisis de discernimiento vocacional en la primavera de 1834, y se plantea entrar en el noviciado franciscano. Un tío sacerdote de Comollo le disuade. Lenti (2010, p. 237-238) habla de «agitación interior» y «conflicto interior serio» para referirse a esta etapa en Chieri previa a la entrada en el seminario, mientras que Giraudo (2012, p. 61) habla de «trajín interior» y de miedo y angustia ante la elección de estado y la posibilidad de condenarse eternamente (p. 54). Estos rasgos se agravarían en el seminario.

Por fin, ingresa en octubre de 1835 en el seminario de Chieri, abierto seis años antes por Mons. Chiaveroti como alternativa al de Turín. Juan estudia filosofía los dos primeros cursos, y teología los otros tres (pues hizo cuatro cursos en tres años).

El programa de teología comprendía cuatro campos básicos de estudio: teología especulativa, dogmática y moral, y Sagrada Escritura. En Chieri, la enseñanza se impartía con los tratados tradicionales de los libros de texto. Había 14 tratados: Fuentes Teológicas, Dios y sus atributos, Trinidad, Encarnación, La gracia de Cristo, el Bautismo y la Confirmación, la Eucaristía como sacrificio y como sacramento, la Penitencia, las Órdenes Sagradas, los actos humanos y la conciencia, la Virtud de la religión, el pecado y Pecado original, Justicia y derechos. El profesor daba la clase en latín con notas que él había recogido... Esta forma de enseñar, en la que el profesor lee y dicta a los estudiantes, producía una formación teológica pobre (Lenti, 2010, p. 257-258).

Pero nos consta que Juan Bosco ampliaba las materias, pues leyó por su cuenta muchos libros teológicos y religiosos.

En el seminario se daba un «ambiente generalizado de rigorismo» (Lenti, 2010, p. 262). La dificultad encontrada para recibir la comunión a menudo es un signo claramente jansenista (p. 252). Además:

Se producía un desequilibrio en el énfasis puesto en los novísimos, la muerte, el juicio, el infierno y en la cuestión de la predestinación. El sentido del pecado y el concepto de santidad y su exigencia que se inculcaba tenía el defecto de restringir la vida sacramental, de fomentar la práctica ascética excesiva y de echar un velo de oscuridad y miedo en la misma vida espiritual. El acento puesto en la tremenda responsabilidad de los sacerdotes en el cuidado de las almas y en el peligro de la condenación causado por cualquier fallo en corresponder, ejercía una fuerte presión sobre los candidatos sinceramente comprometidos (Lenti, 2010, p. 262).

Ese rigorismo influyó en Juan:

Hay pruebas de ciertas aversiones obsesivas impresas en la mente de Juan como resultado de tal énfasis teológico y espiritual, con consecuencias que se prolongaron más allá de sus años de seminario... La vida espiritual inculcada en el seminario se caracterizaba por una severidad morbosa, en particular en una repulsión a la experiencia sexual (Lenti, 2010, p. 263).

Él mismo cuenta, por ejemplo, cómo, en un tiempo de vacaciones, rompió un violín «en mil pedazos» porque, al tocar en una fiesta popular, había incitado a la gente a bailar (Bosco, 2003, p. 70).

Juan Bosco y Luis Comollo son tan amigos en el seminario que pactan que, si uno muere antes, comunicaría al otro su destino eterno. Comollo había estado leyendo un libro de un jesuita, *Pinamonti*, nada tranquilizador sobre el infierno (Stella, 1967, p. 81). Luis muere el 2 de abril de 1839 y una noche, según Juan y algunos testigos, se oye su voz comunicando su salvación (Bosco, 2003, p. 75). Muy impresionado, Juan Bosco enferma gravemente. Lenti (2010, p. 255) dice que, al trauma por el susto, se añadían «depresión, fractura de nervios, tensión ascética, fobias y ansiedad relacionada con la vocación sacerdotal y los énfasis teológicos, así como en la predestinación y el juicio divino», junto a un temor casi enfermizo a la propia condenación (p. 264). Stella habla de «tormenta interior» (1967, p. 64) y Lenti concluye:

Cualquier seminarista que tomara en serio esas cuestiones sería un candidato a una crisis nerviosa. Luis Comollo tomó muy en serio las cosas y no sobrevivió. Juan Bosco las tomó también en serio y, sin embargo, sobrevivió, aunque no salió completamente indemne. Fue capaz de superar este conflicto psíquico, así como las tensiones normalmente relacionadas con la virilidad juvenil, porque, a pesar de todo, su ego y situación psíquica eran fuertes y estaban adecuadamente equilibradas (2010, p. 265).

El propio Lenti nos señala cómo salió Juan Bosco de esta peligrosa situación:

Más tarde, en el Convictorio, bajo la dirección espiritual de don Cafasso, la figura paterna con quien iba a establecer una fuerte relación afectiva duradera, don Bosco encontró curación, integridad y una firme identidad. No obstante, jamás dejó atrás una espiritualidad orientada a la muerte-juicio (2010, p. 265).

Ya en un estudio de 1967 el salesiano Desramaut había comparado el ambiente rigorista, casi jansenista, del seminario de Chieri con el ambiente alfonsiano del Convictorio (1994, pp. 22-27). Afortunadamente para Juan Bosco:

En una sola cosa ni siquiera intenté imitarle [a Comollo]: en la mortificación. No acababa de entender que un joven de diecinueve años tuviese que ayunar rigurosamente durante toda la cuaresma y otros tiempos mandados por la Iglesia; y ayunar todos los sábados en honor de la Santísima Virgen, renunciar a menudo el desayuno de la mañana, comer a veces a pan y agua y soportar cualquier desprecio e injuria, sin dar la más mínima señal de resentimiento (2003, p. 67).

2. SUPERACIÓN DE LA ANGUSTIA EN LOS AÑOS DEL CONVICTORIO DE TURÍN

2.1. Influencia positiva de don Cafasso y del Convictorio

En efecto, la superación del miedo y angustia ocasionados en el joven seminarista Juan Bosco por el rigorismo de Chieri fue favorecida por con su estancia en el Convictorio (del italiano *Convitto*) o Colegio Eclesiástico de Turín, entre 1841 y 1844, que resultó providencial. Don Bosco ingresa en él el 3 de noviembre de 1841, aconsejado por don Cafasso:

Antes de tomar una determinación definitiva hice un viaje a Turín con la intención de pedir consejo a don José Cafasso, quien, desde hacía varios años, era mi guía en lo espiritual y en lo temporal. Aquel santo sacerdote lo escuchó todo, los ofrecimientos de buenos estipendios, las insistencias de parientes y amigos y mis grandes deseos de trabajar. Pero, sin dudar en lo más mínimo, me dijo estas palabras: Lo que usted necesita es estudiar moral y predicación. Renuncie por ahora a toda propuesta y véngase conmigo a la Residencia Sacerdotal (Convictorio Eclesiástico). Seguí con gusto el sabio consejo, y el 3 de noviembre de 1841 entré en la Residencia Sacerdotal (Bosco, 2003, p. 86).

Don Cafasso era paisano de Juan Bosco. Nacido en Castelnuovo en 1811, murió en Turín en 1860 y fue canonizado en 1947. Contamos con varias semblanzas biográficas recientes en castellano (Alburquerque, 2012; Giraudo, 2012, Lenti 2010; Tuninetti, 2010). Cuando Juan Bosco tenía 15 años, ya conoció a Cafasso, entonces seminarista, en las fiestas de Morialdo, aldea cercana a la casita de la familia Bosco. El joven Juan quedó impresionado por el carácter y convicciones de Cafasso, sólo cuatro años mayor que él (Bosco, 2003; Alburquerque, 2012). Con toda razón escribirá en sus memorias:

Don José Cafasso, que desde seis años atrás era mi mentor, fue también mi director espiritual. Si he hecho algún bien en la vida, a este digno eclesiástico se lo debo. Puse en sus manos todas mis aspiraciones, todas mis decisiones y todas mis actuaciones (Bosco, 2003, p. 88).

El *Convictorio* o Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís de Turín fue fundado en 1817, a iniciativa de *Pío Bruno Lanteri* (1739-1830), fundador de los Oblatos de la Virgen María, y de su discípulo *Luis Guala* (1775-1848), para la preparación pastoral de los nuevos sacerdotes de la diócesis de Turín. Cuidaba sobre todo la formación en el campo de la moral y de la predicación (Lenti, 2010; Stella, 1967; Braido, 2009). Compensaba la formación que predominaba en el seminario de Turín, que era galicana en lo eclesiológico, probabiliorista en lo moral y rigorista en la práctica pastoral. El Convictorio, situado en un antiguo convento junto a la Iglesia de San Francisco de Asís, era, por el contrario, alfonciano en moral y antigalicano en lo eclesial. Cuando ingresa Juan Bosco lo dirigen don Guala y don Cafasso. Es interesante ver cómo resume don Bosco, muchos años después, las ideas teológicas, morales y pastorales del Convictorio:

Se puede afirmar que la Residencia Sacerdotal viene a ser complemento de los estudios teológicos, allí se aprendía a ser sacerdote. La meditación, la lectura

espiritual, dos conferencias diarias y lecciones de predicación, en medio de una vida tranquila y de facilidades para estudiar y leer buenos autores, constituían las ocupaciones a las que cada uno debía entregarse a fondo. Dos hombres muy conocidos en aquel tiempo estaban a la cabeza de esta utilísima institución: el teólogo don Luis Guala y don José Cafasso. El teólogo Guala era el fundador de la obra... que ha hecho mucho bien a la Iglesia; especialmente extirpando las últimas raíces del jansenismo que aún se conservaban entre nosotros. Entre otras cuestiones se agitaba mucho entre nosotros la del probabilismo y del probabiliorismo. A la cabeza de éste estaban Alassia, Antoine y otros autores rigurosos, cuya práctica, la del probabiliorismo, puede conducir al jansenismo. Los probabilistas seguían la doctrina de San Alfonso, hoy ya proclamado doctor de la Santa Madre Iglesia (23 de marzo de 1871), y cuya autoridad ha quedado así refrendada por el Papa, ya que la Iglesia proclamó que se puede enseñar, predicar y practicar sus doctrinas, en las cuales no hay nada que merezca censura. El teólogo Guala se situó fielmente en medio de los dos partidos y, poniendo como centro de las dos opiniones la caridad de nuestro Señor Jesucristo, logró que se acercasen ambos extremos. Gracias a él, San Alfonso se convirtió en nuestro maestro, con las ventajas tanto tiempo deseadas: los saludables efectos los experimentamos hoy. Don José Cafasso era el brazo derecho del teólogo Guala. Con su virtud a toda prueba, su calma prodigiosa, su perspicacia y prudencia, pudo suavizar las asperezas que aún quedaban en algunos de los probabilioristas contra los seguidores de San Alfonso (Bosco, 2003, pp. 86-87).

En realidad, «lo que realmente se buscaba en el Colegio Eclesiástico era la preparación de un pastor de almas benigno en la doctrina y amable en el trato» (Alburquerque, 2012, p. 64). Gracias al pensamiento moral alfonsiano de don Guala y de don Cafasso, don Bosco «llegó a la convicción de que el camino para llevar a las almas a Dios no es el del rigor, sino el de la bondad» (Alburquerque, 2012, p. 65). Parece, pues, evidente, a la luz de estos datos, que el primer beneficiado por esa postura pastoral benigna fue el propio Juan Bosco. En las ideas morales del Convictorio encuentra alivio a la angustia rigorista de Chieri. En realidad, su caso no fue único. D. Cafasso formó una generación de sacerdotes santos, como afirmó Benedicto XVI en la audiencia del 30 de junio de 2010, dedicada a evocar a san José Cafasso (Alburquerque, 2012, p. 114). Por otro lado, don Cafasso no se limitó a la teoría y formación teológica. En Turín fue el sacerdote de los pobres, de los presos y condenados a muerte, el «cura de la horca», que llevó al joven

sacerdote Juan Bosco a las cárceles de Turín para ponerle en contacto con una durísima realidad. Durante veinte años don Cafasso sería el acompañante espiritual del sacerdote Bosco. Contribuyó decisivamente a disipar la mayoría de sus dudas y temores. Don Bosco recuerda, por ejemplo, que solía decir: «Los sacerdotes somos hombres como los demás. No podemos abatirnos si fallamos» (Giraud, 2012, p. 77).

Don Bosco, que entró en el Convictorio aconsejado por Cafasso, vuelve a hacerle caso tres años después, al elegir destino cuando acaba sus estudios. Sin esas dos elecciones guiadas por Cafasso, la obra de don Bosco no hubiera existido como la conocemos. Veamos cómo narra don Bosco esta segunda elección:

Un día me llamó don José Cafasso y me dijo:

- Ya ha acabado usted sus estudios; ahora, a trabajar. En los tiempos que corremos, la mies es abundante. ¿A qué se siente más inclinado?
- A lo que usted me indique.
- Hay tres empleos para usted: vicario en Buttigliera de Asti, repetidor de moral aquí en el colegio y director del pequeño hospital, vecino al Refugio. ¿Que elige?
- Lo que usted juzgue conveniente.
- ¿No se inclina más a una cosa que a otra?
- Mi inclinación es hacia la juventud. Usted haga de mí lo que quiera. Veré la voluntad del Señor en su consejo.
- ¿Qué es lo que llena en este momento su corazón, qué se agita en su mente?
- En este momento me parece encontrarme en medio de una multitud de muchachos que me piden ayuda.
- Pues entonces marche usted de vacaciones una semanita. A la vuelta ya le diré su destino.
- Después de las vacaciones, don José Cafasso dejó pasar como una semana sin decirme nada. Tampoco yo le pregunté nada.

- ¿Por qué no me pregunta por su destino?, me dijo un día.
- Porque quiero ver la voluntad de Dios en su deliberación. No quiero poner nada de mi parte.
- Vaya con el teólogo Borel. Será usted el director del pequeño hospital de Santa Filomena. Trabajaré también en la obra del Refugio. Mientras tanto, Dios le hará ver lo que deba hacer en pro de la juventud (2003, pp. 95-96).

Llama la atención la pregunta clave de Cafasso: «¿Qué es lo que llena en este momento su corazón, qué se agita en su mente?», y que deje abierta una puerta: «Será usted director del hospitalito... Mientras tanto, Dios le hará ver lo que deba hacer en pro de la juventud». Don Bosco contaría siempre con la ayuda y consejo de Cafasso, hasta la muerte de éste en 1860. Durante años, Cafasso le dejó una habitación en el Convictorio, y allí escapaba a ratos Juan Bosco, a leer y a escribir sus innumerables libros de divulgación religiosa, pues en el ambiente del Oratorio le resultaba imposible. Cuando don Cafasso murió, don Bosco pronunció un hermoso sermón fúnebre. El texto ha llegado hasta nosotros. En él presenta a don Cafasso como modelo de sacerdote (Alburquerque, 2012, p. 116)¹, destacando, entre otras cosas, su serenidad. Oigamos al propio don Bosco:

El primer secreto fue su constante tranquilidad. Él tenía como familiar el dicho de Santa Teresa: Nada te turbe. Por eso, con aire siempre sonriente, siempre cortés, con la dulzura propia de las almas santas, realizaba con energía cada asunto aun prolongado, difícil y sembrado tal vez de espinosas dificultades. Pero esto sin angustiarse, sin que el sin número o la gravedad de las cosas le produjesen la más mínima turbación. Esta maravillosa tranquilidad hacía que pudiese tratar con calma muchos y variados asuntos sin turbación de sus facultades intelectuales (Giraudó, 2012, p. 88).

Creemos que se trata de una afirmación bien meditada: en efecto, esa serenidad de espíritu, asociada a la plena confianza en la providencia y bondad de Dios, se la transmitió Cafasso al joven sacerdote Juan Bosco, y mitigó el daño recibido en Chieri. Podemos concluir con Aldo Giraudó que:

¹ Ver Don Bosco (1860).

En los tres años pasados en el *Convitto* eclesiástico, gracias a los estímulos de los formadores y a las experiencias sobre el terreno, la intención pastoral que lo impulsaba a consagrarse al cuidado pastoral de los jóvenes pobres y abandonados se había reforzado y al mismo tiempo se había abierto a una visión integral de la *salvación* (Giraudó, 2012, p. 152).

2.2. Los «santos de don Bosco» y su contribución a una visión teológica más optimista

En los años del Convictorio don Bosco profundizó en la espiritualidad de tres grandes santos que tienen en común con don Cafasso un humanismo optimista y una profunda caridad pastoral, y dejaron una huella positiva en don Bosco:

- *S. Francisco de Sales* (1567-1622): su figura estaba muy presente en Turín y en todo el Piamonte, pues era de Saboya, y Turín había sido capital de Saboya, antes de pasar ésta a Francia. La dulzura, mansedumbre y caridad pastoral del Obispo de Ginebra fueron *el modelo* en el trato con los jóvenes, hasta el punto de dar nombre a su Congregación. don Bosco lo comenzó a estudiar en Chieri; pero, sobre todo, lo asume como modelo en el Convictorio. El primer Oratorio de Valdocco llevará su nombre, y desde 1854 se llama *Salesianos* al grupo que será el germen de la fundación oficial de la Congregación en 1859 (Albuquerque 2007, 2012; Jiménez, 1994).
- *S. Felipe Neri* (1515-1595): Apóstol de Roma y fundador de la Congregación del Oratorio. Nos consta que don Bosco admiraba a San Felipe Neri y conocía su trabajo con los chicos de las calles romanas, su apostolado en favor de los pobres y necesitados, su devoción a la Eucaristía y sus horas dedicadas a confesar... Don Bosco repetía con frecuencia la máxima «Un santo triste es un triste santo», atribuida a Felipe Neri, y le cita en El Sistema Preventivo en la educación de la Juventud:

Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos, son medios eficacísimos para conseguir la disciplina y favorecer la moralidad y la salud... Haced lo que queráis, decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri; a mí me basta con que no cometáis pecados (Bosco, 1979, p. 563).

Toda una pedagogía de la alegría (Desramaut, 1994, pp. 150-153), que habría venido muy bien a los seminaristas Comollo y Bosco. En 1849 un periódico de Turín, *Il Conciliatore*, llamaría precisamente a don Bosco «el nuevo Felipe Neri» (Alburquerque, 2012, p. 38). Como dato anecdótico, recordemos que en 2012 se estrenó en las salas españolas de cine comercial una película, *Prefiero el paraíso*, sobre san Felipe Neri. En ella, el Felipe Neri que recorre las calles de Roma en el siglo XVI se parece mucho al don Bosco de Turín.

- *S. Alfonso María de Ligorio* (1697-1789) y su pastoral de la benignidad. Este santo napolitano desarrolló una intensa actividad sacerdotal, especialmente en las misiones populares. En 1732 fundó la Congregación Misionera del Santísimo Redentor (*Redentoristas*). Su dedicación teológica abarca obras de espiritualidad y de teología moral. Fue canonizado en 1839, proclamado Doctor de la Iglesia en 1871 y patrono de confesores y moralistas en 1950. Formado moralmente en el *probabiliorismo*, su labor pastoral le llevó a advertir pronto las limitaciones de ese planteamiento, pues provoca situaciones de tensión en la conciencia, semejantes a las narradas en el paso de Juan Bosco por el seminario de Chieri. Publicó en 1755 su *Theologia moralis*, que revisó y reeditó varias veces. Si bien San Alfonso advertía la rigidez a la que podía conducir el probabiliorismo, era consciente de los peligros del *probabilismo*. De ahí que fuera poco a poco dando pasos, matizándolo, y su postura definitiva sea el *equiprobabilismo*, una vía media o moderada para evitar los riesgos de los sistemas morales mencionados. El equiprobabilismo, más que un nuevo sistema moral, es una invitación a tomar con realismo y seriedad de conciencia las decisiones morales. San Alfonso supo mostrar la conexión entre verdad, libertad y conciencia, y aclaró mucho la formulación práctica de la Teología Moral (Alburquerque, 2012; Illanes, 1995; Lenti, 2010; Ray-Mermet, 1985). Resulta útil consultar el resumen sobre los sistemas morales incluido en la edición española de Lenti (2010), escrito por Eugenio Alburquerque. Dichos sistemas indican «la forma de realización de un juicio vinculante de la conciencia moral ante leyes inciertas objetivamente» (2010, p. 311). Según eso, nos encontramos con estas posibilidades:
 - *Probabilismo*: es el sistema moral que indica que, en caso de duda, se puede seguir una opinión probable, aunque exista otra que sea incluso más probable. Su exageración es el laxismo.

- *Probabiliorismo*: sólo se puede seguir la opinión favorable a la libertad de conciencia si es más probable que su contraria. Su exageración es el tuciorismo o rigorismo, y era la postura jansenista.
- *Equiprobabilismo*: la postura alfonsiana, que media entre las dos anteriores: en caso de duda, se puede seguir la opinión favorable a la libertad de conciencia, con tal de que sea igualmente probable a la contraria.

En San Alfonso hubo una evolución: ésta fue «el fruto maduro de un rigorismo, el propio de la formación de seminarista, que abandonó poco a poco gracias a una auténtica conversión a la benignidad» (Vilanova, 1992, p. 318; Vidal, 1988). Además, «su propuesta es el fruto de una experiencia pastoral que las misiones populares y el dilatado tiempo de confesionario le proporcionaron» (Vilanova, 1992, p. 318). Por eso «su mérito se centrará en la sensibilidad pastoral, en busca de una solución atenta a las exigencias del Evangelio y respetuosa hacia la persona humana» (p. 319). Salvando las distancias, creemos que se dio una evolución similar en el joven sacerdote Juan Bosco. Por eso creemos que don Cafasso, al guiarle espiritualmente, le lanza a la praxis pastoral, con el consiguiente acercamiento a posturas compasivas.

En el Piamonte san Alfonso y los redentoristas ejercieron un influjo espiritual decisivo sobre la moral, favoreciendo la superación de las actitudes rigoristas en la praxis sacramental (Desramaut, 1994, pp. 42-45). Además de Guala y Cafasso, ¿era alfonsiano don Calosso, y por eso prohibió al adolescente Juan Bosco, en torno a 1829, una penitencia desmedida y le recomendó la confesión y comunión frecuentes? (Bosco, 2003, p. 22). Es muy probable. Años después, don Bosco recomendará a sus chicos la confesión y comunión frecuente (Giraudó, 2012, p. 26). Así consta en las biografías de jóvenes modélicos del Oratorio que escribió, recientemente reeditadas en castellano (Bosco, 2012): Domingo Savio (1859), Miguel Magone (1861) y Francisco Besucco (1864). De San Alfonso tomaría, además, elementos de devoción a la Virgen María y su estructuración de la vida religiosa (Desramaut, 1994, pp. 42-44).

También admiró mucho don Bosco la caridad activa del francés San Vicente de Paúl aunque no tenemos espacio para extendernos sobre ello.

3. INFLUENCIA DE LA TEOLOGÍA Y MORAL ESTUDIADAS EN LA PRÁCTICA DE DON BOSCO CON LOS JÓVENES

3.1. Elementos «negativos» que permanecieron

«Jamás dejó atrás don Bosco una espiritualidad orientada a la muerte-juicio» (Lenti, 2012, p. 265). En efecto, «la salvación era una de las preocupaciones mayores de san Juan Bosco... La eventualidad de no alcanzar la salvación eterna fue siempre su angustia, por él y por los demás» (Desramaut, 1994, p. 55). Tenía una preocupación constante por los *Novísimos*, por la posibilidad siempre presente de la muerte, y recomendaba hacer mensualmente el llamado Ejercicio de la Buena Muerte (Desramaut, 1994, pp. 56-60), consistente en confesarse y comulgar como si la propia muerte fuera inmediata, dejando en orden todos los asuntos espirituales. De entrada, esta preocupación por la salvación, por «no perder la propia vida» (Mt. 16,25), no es mala. No es don Bosco, sino el mismo Jesús de Nazaret, el que invita a tomar en serio nuestra vida y nuestra relación con Dios y con los hermanos. Un filósofo moderno como Heidegger definía al hombre como un *ser-para-la-muerte*, que ante la perspectiva de la caducidad de la vida, ha de intentar vivir con autenticidad. No obstante, cuando hablamos de «elemento negativo» nos referimos a la obsesión o carga de angustia que transmiten, por ejemplo, algunos de los sueños de don Bosco sobre los Novísimos: muerte, juicio, purgatorio, infierno o paraíso (Jiménez, 1989, pp. 416-458), o los numerosos sueños narrados a los chicos del Oratorio con predicciones de muertes (pp. 459-499).

También hay cierta obsesión sobre el poder del mal, del mal absoluto (el Demonio) y del mal humano: insiste mucho en evitar «las malas compañías». En sus sueños el Demonio aparece continuamente (Jiménez, 1989, pp. 500-518), adoptando forma de elefante, serpiente, gatazo, toro furioso con siete cuernos... (Desramaut, 1994, p. 61). Hay cierto celo excesivo, incluso obsesivo, en casi todos esos sueños, al apuntar por escrito, señalar, recordar, a los que estaban en pecado mortal, y don Bosco los conocía. No podía apuntarlos en un papel, pero su prodigiosa memoria los recordaba, y al narrar cada sueño invitaba a pasar por su despacho a los que quisieran saber el estado de su conciencia según el sueño, para ayudarles a cambiar (Jiménez, 1989). Otro síntoma rigorista era el modo de describir en los sueños a los que se encontraban en pecado mortal: descripciones desagradables y macabras, que producían rechazo e incluso terror.

No podemos aquí tratar el difícil tema de la interpretación de sus sueños, proceso apenas comenzado por los estudiosos del santo turinés (Desramaut, 1994; Jiménez, 1989). En cualquier caso, dejamos constancia de que algunos temores y angustias experimentados en el seminario rigorista de Chieri acompañaron a don Bosco, si bien mitigados, durante el resto de su vida.

3.2. Elementos positivos

La principal prueba de que don Bosco superó en sustancia los escrúpulos narrados antes es, más que sus escritos, su ingente praxis educativa y lo que hizo por la promoción integral de la persona del joven. Por ejemplo, en su desarrollo del Sistema Preventivo («razón, religión y amor»), si a la religión le quedaba algo de rigorista, era limada por la razón y el amor, y el espíritu de familia. El sentido común de la razón, aplicado a la relación educativa diaria, y la cercanía y presencia del amor en esa relación educativa derivaron a un modelo de pastoral y de pedagogía carente ya de rigorismo, al menos en el contexto del siglo XIX. Como botón de muestra, podemos citar un testimonio externo, el de un pedagogo de Turín en 1849, que escribía así en el *Giornale della Società d'Istruzione e d'Educazione*:

Cuando él conoce o se encuentra con alguno abatido por el hambre, no lo pierde de vista, lo conduce a su casa, le hace descansar, le despoja de sus andrajos y le viste con ropa nueva, le da comida mañana y noche, hasta que una vez le ha encontrado patrón y trabajo, sabe que le ha dado un honrado sustento para el futuro y puede atender con mayor seguridad a la educación de la mente y el corazón (Giraud, 2012, p. 23).

Esa promoción integral de la persona está en las antípodas del rigorismo espiritualista de Chieri: preocupación por lo corporal, lo manual y material, lo práctico... No por casualidad es patrono de la Formación Profesional.

El juicio de Arthur Lenti sobre la teología implícita en la Historia Sagrada publicada en 1847 por don Bosco es clarificador:

La principal preocupación doctrinal que guía a don Bosco es soteriológica. El hombre, a pesar de haber ido creado bueno, ha pecado. Pero Dios prometió un salvador. Cuando el mundo parecía perdido, Dios levantó al pueblo escogido con Abrahán, Moisés y los profetas. Las profecías han sido cumplidas en

Cristo. Él probó la verdad de su enseñanza con sus milagros, siendo los mayores de todos su resurrección y su ascensión (Lenti, 2012, p. 572).

El mismo autor hace este comentario sobre un *Ejercicio de devoción a la Divina Misericordia* escrito por don Bosco en 1846:

Este ejercicio es el primer testimonio de una opción espiritual importante por él tomada en total oposición con la imagen de Dios como severo juez, tal como se proponía en el catecismo diocesano tradicional. Dios es por naturaleza bueno y amoroso, fuente de todo lo bueno, listo para abrazar al que se arrepiente con su *amorevolezza* (Lenti, 2012, p. 569).

Pese a reconocer el poder del mal, como hemos visto al mencionar el contenido de sus sueños, en el don Bosco maduro pesa más la confianza en la bondad del ser humano, especialmente en los jóvenes (Desramaut, 1994, pp. 61-63). Cualquiera que ame la educación sabe que si alguien trabaja en este campo sin creer en las posibilidades de bondad de la persona humana, antes o después le resultará imposible ser educador/a. Así, por ejemplo, escribe don Bosco en 1854 en la *Introducción al Reglamento del Oratorio*:

Esta porción de la sociedad humana, la más delicada y la más preciosa, sobre la cual se fundan las esperanzas de un feliz porvenir, no es de por sí de índole perversa. Eliminada la negligencia de los padres y el ocio y el encuentro con malos compañeros, a que están expuestos especialmente en los días festivos, resulta muy fácil insinuar en sus tiernos corazones los principios de orden y de buenas costumbres y el respeto a las ideas religiosas; y si se da algún caso de que ya estén viciados a aquella edad, es más por irreflexión que por malicia consumada. Estos jóvenes necesitan verdaderamente una mano bienhechora que cuide de ellos, los cultive, los lleve a la virtud y los aleje del vicio (Bosco, 1979, p. 546).

Las tres biografías de jóvenes santos ya mencionadas son la mejor prueba de que don Bosco creía que, con la ayuda de Dios y de la Virgen, es posible ser santo incluso en una etapa tan llena de turbulencias como es la adolescencia. Tratamiento aparte merecería el importante papel positivo intercesor y maternal otorgado por don Bosco a la Virgen María: a sus chicos se la presenta como Consuelo (la *Consolata*, patrona de Turín), Inmaculada, y Auxiliadora desde 1863 (Desramaut, 1994, pp. 86-91). También merece la

pena citar el papel de su madre, Margarita, al transmitirle una actitud básica de confianza en la vida y en el esfuerzo personal.

Resulta revelador leer algunos párrafos de su obra *El Joven Cristiano*, libro de piedad concebido desde una perspectiva educativa y escrito directamente para los jóvenes. Fue publicado en 1847, cuando don Bosco, todavía joven, llevaba pocos años entre los muchachos (Bosco, 1979, pp. 503-544). En él indica a los jóvenes que la vida cristiana no es triste ni melancólica:

Dos son los ardidés principales con que el demonio suele alejar a los jóvenes de la virtud. El primero consiste en persuadirles de que el servicio del Señor exige una vida melancólica y privada de toda diversión y placer. No es así, queridos jóvenes. Voy a indicaros un plan de vida cristiana que os pueda mantener alegres y contentos, haciéndoos conocer al mismo tiempo cuáles son las verdaderas diversiones y los verdaderos placeres, para que podáis exclamar con el santo profeta David: Sirvamos al Señor con santa alegría. Tal es el objeto de este libro: mostraros cómo servir al Señor manteniéndoos siempre alegres (p. 508).

Servite Domino laetitia es uno de sus lemas preferidos, al mismo tiempo que toda una declaración de intenciones (Giraudó, 2012, p. 65-66). También dice: «Queridos jóvenes, os amo a todos de corazón y me basta con que seáis jóvenes para que os ame extraordinariamente... Vivid contentos, y que el Señor esté con vosotros» (Bosco, 1979, p. 509). Les transmite confianza en la bondad de Dios Padre:

El Señor ama de un modo especial a los jóvenes: Persuadidos, queridos jóvenes, de que todos hemos sido creados para el paraíso, debemos dirigir todas nuestras acciones a este fin. A ello debe movernos de modo especial el gran amor que Dios nos tiene. Y aunque es verdad que ama en general a todos los hombres, por ser ellos obra de sus manos, sin embargo, profesa un afecto especial a los jóvenes, ya que encuentra sus delicias en habitar con ellos. Vosotros sois la delicia y predilección del Dios que os creó.

...Pero algunos dirán: «Si empezamos a servir ahora al Señor, nuestra vida será triste y melancólica». De ninguna manera... «Yo os aseguro que vuestro corazón estará alegre y contento y experimentaréis cuán dulce y agradable es servir al Señor» (pp. 511-12).

...Los que viven en gracia de Dios están siempre alegres e, incluso en las aflicciones, tienen el corazón contento (p. 524).

Otro rasgo de superación del rigorismo es su praxis pastoral animando a la frecuencia sacramental. De hecho, la confesión y la eucaristía eran para él pilares educativos básicos. En 1877 hablaba así al presentar el Sistema Preventivo en Niza:

La confesión y comunión frecuente y la misa diaria son las columnas que deben sostener el edificio educativo del cual se quieren tener alejados la amenaza y el palo. No se ha de obligar jamás a los alumnos a frecuentar los santos sacramentos; pero sí se les debe animar y darles comodidad para aprovecharse de ellos... Manténgase lejos como la peste la opinión de retardar la primera comunión hasta una edad demasiado avanzada... Cuando un niño sabe distinguir entre Pan y pan y revela suficiente instrucción, no se atienda ya a la edad y venga el Soberano celestial a reinar en su bendita alma (Giraudo, 2012, p. 142).

Podemos, pues, concluir que «el sacerdote celoso según don Bosco es un pastor optimista, un modelo de equilibrio amable y de celo arrollador, al mismo tiempo batallador y simpáticamente creativo que mantiene toda la fuerza también hoy y que nos interpela seriamente» (Giraudo, 2012, p. 103). Esperamos que este artículo valga para considerar cómo esa espléndida madurez espiritual no fue un camino fácil.

BIBLIOGRAFÍA

- Alburquerque, E. (2007). *Don Bosco y san Francisco de Sales*. Madrid: CCS.
- Alburquerque, E. (2012). *Don Bosco y sus amistades espirituales*. Madrid: CCS.
- Bosco, G. (1860). *Biografía del sacerdote Giuseppe Cafasso esposata in due ragionamenti funebri dal sacerdote Bosco Givanni*. Torino: Tipografia G. B. Paravia.
- Bosco, J. (1979). *Obras fundamentales*. Madrid: BAC.
- Bosco, J. (2003). *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales de 1815 a 1855*. Madrid: CCS.
- Bosco, J. (2012). *Vidas de jóvenes. Las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco*. Madrid: CCS.
- Braido, P. (2009). *Don Bosco, sacerdote de los jóvenes en el siglo de las libertades. Tomo I*. Rosario (Argentina): Didascalía.
- Delumeau, J. (1983). *Le péché et la peur. La culpabilisation en Occident. XIIIe-XVIIIe siècles*. París: Fayard.

- Delumeau, J. (2012). *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus.
- Desramaut, F. (1994). *Don Bosco y la vida espiritual*. Madrid: CCS.
- Ferrero, F. (1987). Angustia religiosa y moral cristiana en el siglo XVIII. Notas para una lectura de las fuentes históricas. *Moralia*, 9, 51-64.
- Giraudó, A. (2012). *Don Bosco, maestro de vida espiritual. Servid al Señor con alegría*. Madrid: CCS.
- Illanes, J. L., y Saranyana, J. I. (1995). *Historia de la Teología*. Madrid: BAC.
- Jiménez, F. (1989). *Los sueños de Don Bosco*. Madrid: CCS.
- Jiménez, F. (1994). San Francisco de Sales y su influjo en San Juan Bosco. En F. Jiménez, *Aproximación a Don Bosco* (117-150). Madrid: CCS.
- Lenti, A. (2010). *Don Bosco: historia y carisma 1. Origen: de I Becchi a Valdocco, (1815-1849)*. Madrid: CCS.
- Martina, G. (1974). *La Iglesia, de Lutero a nuestros días. II: Época del absolutismo*. Madrid: Cristiandad.
- Rey-Mermet, Th. (1985). *El santo del siglo de las luces. Alfonso de Liguori*. Madrid: Perpetuo Socorro.
- Stella, P. (1967). *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica. Vol. I: Vita e Opere*. Zürich: PAS-Verlag.
- Tuninetti, G. (2010). *Don José Cafasso. El santo de los sacerdotes, de los presos y de los condenados a muerte*. Madrid: CCS.
- Vidal, M. (1988). Del rigorismo a la benignidad. Significado histórico de la moral alfonsiana. *Moralia*, 38-39, 157-192.
- Vilanová, E. (1992). *Historia de la teología cristiana. Tomo tercero: siglos XVIII, XIX y XX*. Barcelona: Herder.